

Thomas Piketty

Dos siglos de intercambios desiguales

Blog del autor, 15 de julio de 2025.

¿Cómo podemos analizar la nueva ola de tensiones comerciales que azotará el planeta en 2025? Para comprender mejor los problemas en juego, el Laboratorio de Desigualdad Global acaba de publicar un estudio fundamental sobre el comercio global y los desequilibrios financieros desde 1800 ([“ Intercambio desigual y relaciones Norte-Sur. Evidencia de los flujos comerciales globales y la balanza de pagos mundial, 1800-2025 ”](#), disponible en [equalitylab.world](#) y [wbop.world](#)).

Varias conclusiones son claras. En general, la idea de un libre comercio espontáneamente equilibrado y armonioso no resiste la prueba de los hechos. Desde 1800, hemos observado desequilibrios masivos y persistentes, y una tendencia recurrente de las potencias dominantes a abusar de su poder para imponer los términos de intercambio que les convienen, en detrimento de los países pobres. La novedad de la crisis actual reside en que Estados Unidos está perdiendo el control del mundo y se encuentra en una situación de fragilidad financiera sin precedentes. Esto explica la agresividad del régimen trumpista. Ceder a los dictados —como acaban de hacer los europeos con respecto a los presupuestos militares (en gran medida, transferencias a la industria de defensa estadounidense) o la tributación de las multinacionales— es, sin embargo, la peor estrategia. Es hora de que Europa salga de su debilidad y una sus fuerzas con las democracias del Sur para reconstruir el sistema comercial y financiero al servicio de otro modelo de desarrollo.

Recordemos primero que la escala de los flujos comerciales nunca ha sido tan alta como hoy. Las exportaciones totales (así como las importaciones) representan actualmente alrededor del 30% del PIB mundial, incluyendo el 7% para materias primas (agricultura, minería y combustibles fósiles), el 16% para bienes manufacturados y el 7% para servicios (turismo, transporte, consultoría, etc.). En comparación, los flujos comerciales rondaban el 7% del PIB mundial en 1800, el 15% en 1914 y el 12% en 1970 (incluyendo el 4% para materias primas, el 5% para bienes manufacturados y el 3% para servicios). El aumento observado entre 1970 y 2025 es vertiginoso en todos los ámbitos, con una huella material y un daño ambiental que apenas estamos empezando a percibir. Se suele señalar que el comercio mundial se ha estabilizado como porcentaje del PIB mundial desde la crisis de 2008. Esto es cierto, siempre que se estabilice en el nivel más alto jamás observado en la historia.

Pasemos a los desequilibrios. El hecho fundamental es bien conocido: entre 1990 y 2025, Estados Unidos generó un déficit comercial anual promedio (bienes y servicios combinados) de alrededor del 3-4% de su PIB. Los superávits del país en servicios son demasiado pequeños para compensar los enormes déficits en productos manufacturados. Este hecho a veces genera incredulidad: ¿cómo puede la potencia dominante mantener un déficit comercial permanente? En realidad, esta es la norma histórica. De 1800 a 1914, las potencias europeas, lideradas por el Reino Unido, registraron un déficit comercial permanente. Los superávits en productos manufacturados y transporte de mercancías son

significativamente inferiores a los inmensos flujos de materias primas procedentes del resto del mundo (algodón, madera, azúcar, etc.), a pesar de que estos últimos están mal pagados. Entre 1880 y 1914, las principales potencias del continente (Reino Unido, Francia, Alemania) alcanzaron un déficit anual promedio del mismo orden que Estados Unidos entre 1990 y 2025 (3-4% del PIB).

La diferencia radica en que las potencias europeas ahora poseen posesiones externas que les generan enormes flujos de ingresos anuales: el equivalente al 10 % del PIB para el Reino Unido y más del 5 % para Francia. Esto les permite financiar con creces sus déficits comerciales mientras siguen acumulando deudas en todo el planeta.

Por el contrario, los activos extranjeros de Estados Unidos nunca han generado suficientes ingresos para compensar sus déficits, por lo que el país se encuentra ahora con una deuda externa de una magnitud sin precedentes. La potencia militar dominante podría verse obligada a pagar considerables intereses al resto del mundo de forma sostenida, algo sin precedentes en la historia. Esta es la causa del nerviosismo de los trumpistas y sus desesperados intentos de extraer riqueza del resto del mundo, si es necesario por la fuerza.

Uno de los argumentos para justificar estas extorsiones es que el país proporciona gratuitamente un bien público global: una moneda estable y un sistema financiero sólido. Por lo tanto, el resto del mundo acumula activos denominados en dólares (deuda pública y valores), lo que infla el dólar y alimenta el déficit comercial estadounidense. En realidad, el dólar ya le ha proporcionado a Estados Unidos mucho más de lo debido. Sin embargo, vale la pena reflexionar sobre este argumento, sobre todo porque podría conducir a soluciones muy diferentes a las de los trumpistas.

En la práctica, los enormes superávits de los países productores de petróleo en las últimas décadas se explican principalmente por el hecho de que lograron triplicar los precios en la década de 1970 y de que el resto del mundo continuó consumiendo combustibles fósiles sin importar las consecuencias futuras. Los superávits industriales de China, Japón y Alemania se explican en parte por salarios demasiado bajos y por la decisión de acumular recursos en el extranjero, impulsada por un sentimiento de fragilidad ante el sistema financiero internacional y la ausencia de un activo de reserva global.

Ante los desequilibrios globales, la respuesta adecuada sería el establecimiento de una moneda común vinculada a las principales divisas, lo que permitiría escapar del dólar y mejorar los términos de intercambio para los países pobres, todo ello con el fin de financiar un modelo de desarrollo más equilibrado y sostenible. Esperemos que la brutalidad de Trump al menos acelere esta constatación.